

(9)

E. Pajares Braña

Patria y Amor

Diez y ocho monólogos en verso

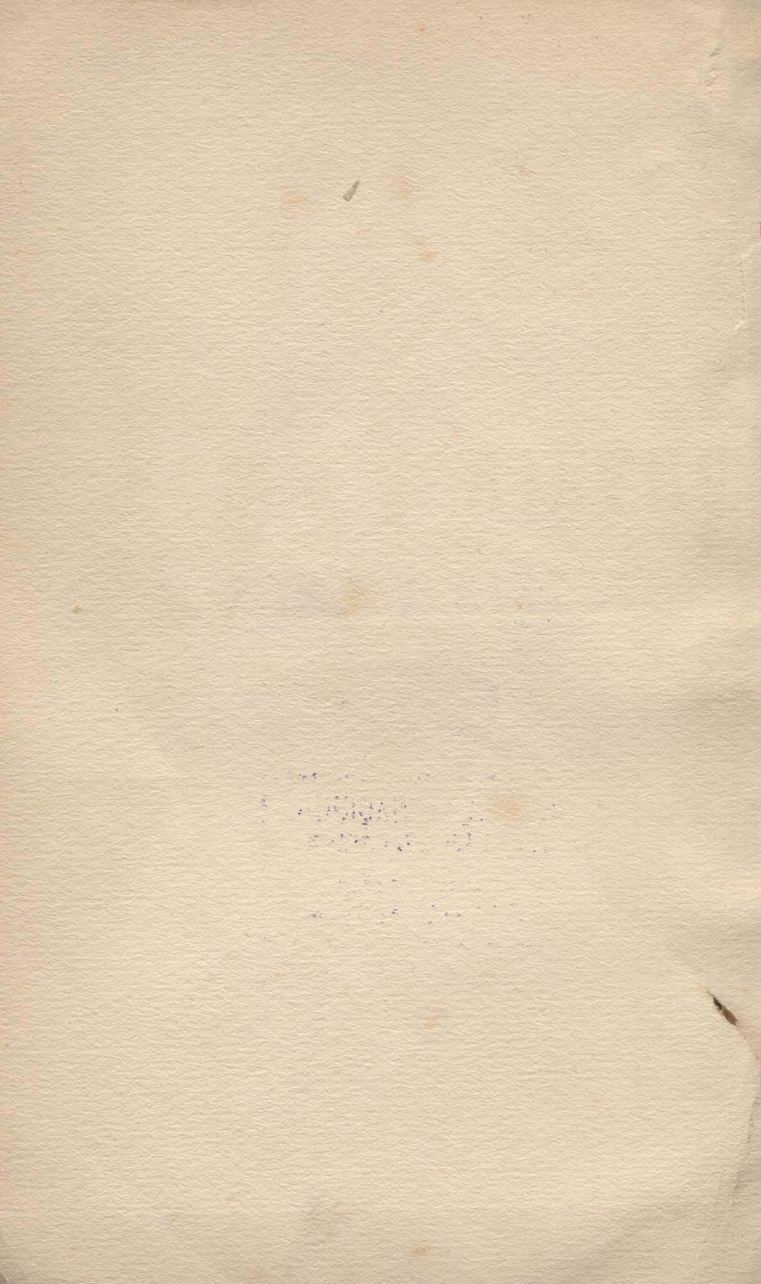
para niños y niñas : : : : :

Buenos Aires

Casa Editora Alfa y Omega

573 - Callao - 577

ПАТРИА У АМОР



E. PAJARES BRAÑA

PATRIA Y AMOR

Diez y ocho monólogos en verso

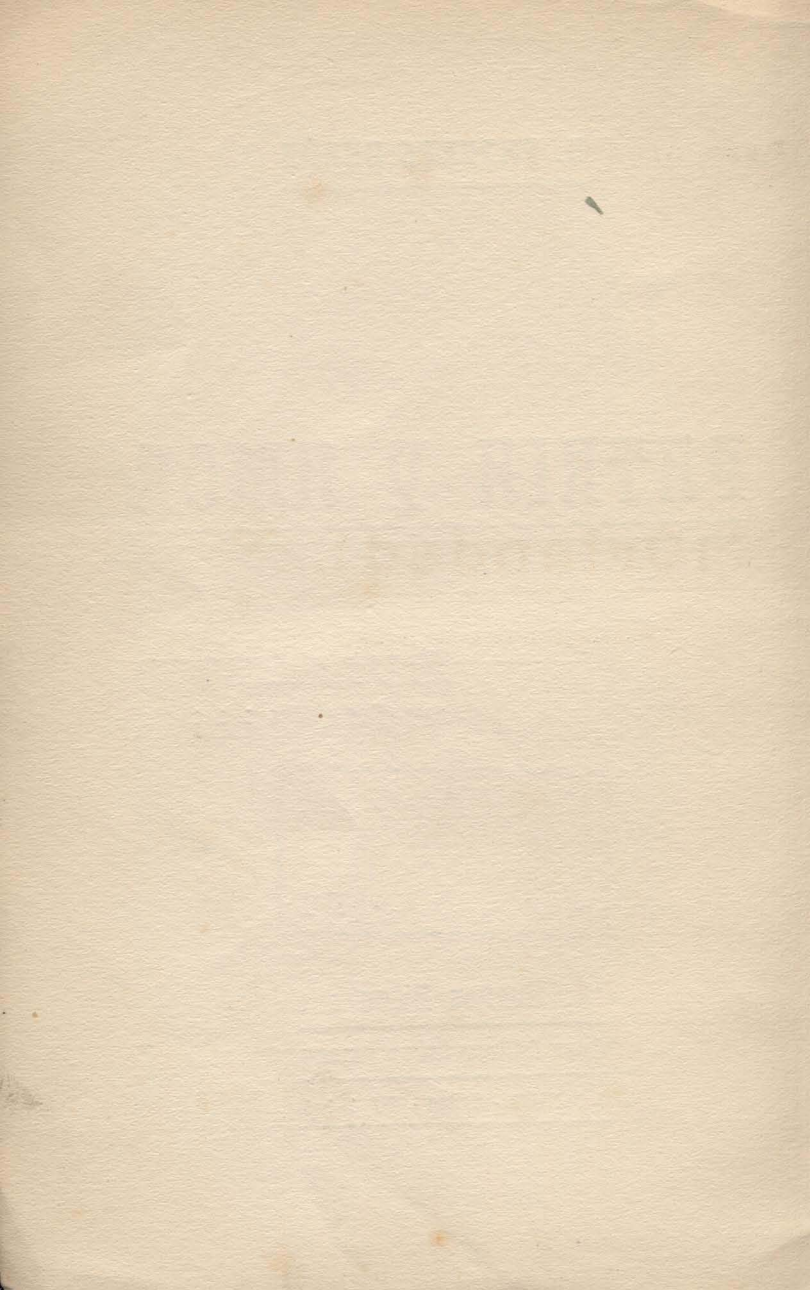
para niños y niñas : : : : :

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS
DONACION
ALFREDO COLMO

: : Buenos Aires : :

Casa Editora Alfa y Omega

: : : 573 - Callao - 577 : : :



Para niños

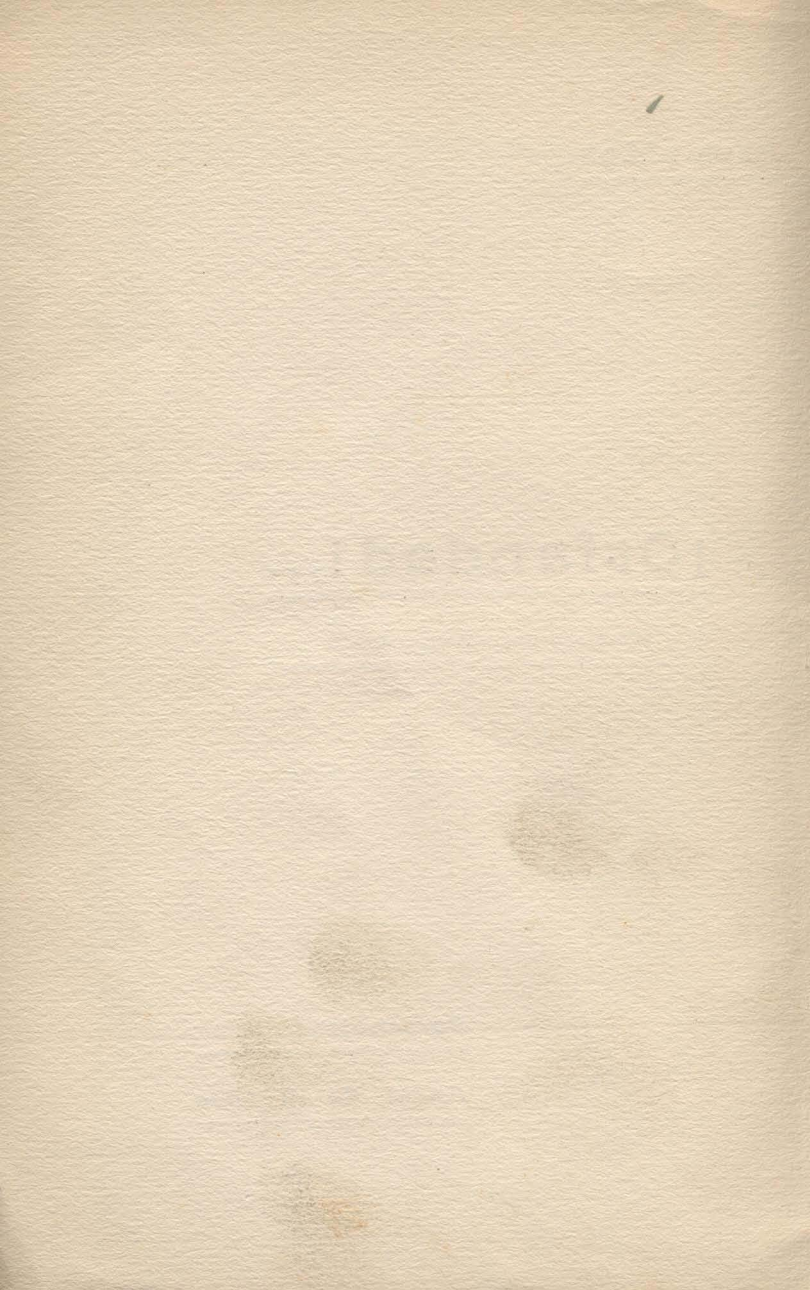
¡Orfandad!...

::: Monólogo dramático infantil :::

Personaje: :::::

Angel, de 12 años

© 1950 by Editorial Espasa Calpe, S.A. - Madrid - España



¡Orfandad!...

Acto único

El interior de un rancho en el desierto. Hacia la izquierda, el hogar con el fuego encendido. En el muro de la derecha, un crucifijo. Al fondo una puerta. El lugar oscuro, alumbrado únicamente por la llama del hogar.

Escena única

Angel aparece en el foro, en actitud vacilante y temerosa. Llega descalzo, desarrapado y sin gorra en la cabeza. Su aspecto es de enfermizo y vagabundo. Entra temblando de frío.

Angel:

(Entrando como va dicho, y con lentitud.)

¡Frío de penas!... ¡Frío de muerte

hiélame el alma! ¡Terrible suerte!

¡Quiero morir!...

Siento la muerte fiera y canina;

siento la muerte que se avecina

detrás de mí!... (Vuelve con temor la cabeza)

Rojiza llama... fuego bendito; (Hacia el hogar.)
dón de profetas de lo infinito.

¡Cálido amor!...

¡Dame tus besos... dame tus besos!

¡Vengo á buscarlos desde muy lejos!

¡Dame calor!...

(Se sienta en el hogar, de espaldas al fuego.)

¡Duro tormento! ¡Negro tormento!

Llueve, hace frío, Yo estoy hambriento.

¡Pobre de mí!

Vengo descalzo, sin pan ni abrigo.

¿Por qué tan duro Dios es conmigo?...

¿Por qué nací?...

(Apoya los codos en las rodillas y la cara entre las manos.)

Hogar querido. Fuente de vida.

Nido de amores. ¡Madre perdida!

¡Suerte infernal!

¿Por qué me echaste? ¿Por qué me hiciste

malo y perverso, despojo triste

del hospital!... (Solloza.)

Yo cuando estaba, cuando reía

bajo tu techo, no conocía

perversidad.

Junto á mi madre me cobijaba,

y ella, dichosa, siempre velaba

por mi orfandad!

¡Murió!... Sus hijos, hijos bastardos,
al morir ella, no fueron tardos
para me echar!

¡Y me tomaron de los dos brazos,
y me arrojaron á puñetazos
de este mi hogar!

¡Me fuí!... La noche cerraba oscura.
Crucé las pampas á la ventura,
llorando al fin.

Sobre la hierba, triste y tendido,
cerré los ojos, quedé dormido
hacia el confín!

La luz del alba, brillante y leve,
me abrió los ojos, y vi la nieve
que me cubrió.

Muerto de frío, fuí tiritando
por los caminos, sólo esperando
la luz del sol!

Duro mendrugo de pan me falta.
Hambre rabiosa, negra, me asalta.
¡Quiero gritar!...

Mas ya no puedo, y, en el desierto,
una campana que toca á muerto
me hace rezar!

Clamo hacia el cielo de luz henchido;
negro mendrugo de pan le pido,

lleno de fe.
Y recordando la dulce estampa
de aquella madre, sobre la pampa
me arrodillé.

Lágrimas cruzan por mis mejillas;
lloro temblando; ya mis rodillas
no pueden más!
¡Madre querida! ¡Lejana estrella!
¡Dulce ventura que no destella!
¡Jamás, jamás!

Sus duras alas bate agorero
el ave inmensa del gran pampero...
¡La tempestad!...
El cielo oculta negra penumbra.
Crujen los truenos, y el rayo alumbra
la inmensidad!

Corro temblando. Morado fuego,
á cada instante, me deja ciego.
No puedo ver.
La lejanía muéstrase ignota.
Duro granito mi cara azota.
¡Vuelvo á caer!...

Hiere mi cara tajante roca;
la sangre corre desde la boca,
como un raudal.

Vuelvo los ojos hacia la altura,
¡sólo presencia mi desventura
el temporal!

Por el camino corro alocado
y, allá, á lo lejos, veo un poblado
resplandecer.
Es una choza, junto á los cerros,
y, al acercarme me echan los perros!...
¡Vuelvo á correr!...

Corro atrevido, corro sin treguas,
sin rumbo fijo, leguas y leguas,
buscando un rancho bajo un ombú.
Y, al encontrarlo ¡oh dicha incierta!
con gesto airado cierran la puerta,
y me preguntan: ¿Quién eres tú? (Breve pausa.)

Yo soy la pena, soy la congoja,
soy la desgracia, la sombra roja
de la maldad!
Yo soy el hambre, la desventura,
soy la miseria, soy la amargura!...
¡Soy la orfandad!

Soy el estigma, la mala suerte,
soy la agonía, yo soy la muerte,
soy el dolor!
¡Yo soy el vicio, yo soy el crimen,

símbolo vivo de los que gimen
faltos de amor!

(Hacia el crucifijo)

¡Dios de los cielos, Dios de los mares,
Dios de los templos, de los hogares,
cédeme un dón:
¡Si este es mi estigma, si está es mi suerte,
Dios de mi vida dame la muerte!
¡Perdón, perdón!...



Para niños

¡Alma gaucha!

::::: Monólogo infantil :::::

Personaje: :::::

Luis, de 10 años

¡Alma gaucha!

Acto único

La escena representa un paisaje del campo. Al fondo, una tranquera, y más allá se divisa el caserío de una estancia.

Escena única

Luis aparece junto á la tranquera, mirando á la lejanía; está vestido de campesino, con un pequeño látigo en la mano. Es el caer de la tarde.

Luis

Con qué sublime elocuencia
vive dentro de mi alma
la magnífica grandeza
de esta soberana pampa. (Breve pausa.)
Siempre la naturaleza,
grandiosa, fecunda y santa,
majestuosa y tendida
sobre alfombras de esmeralda,
sumisa á los pies del Ande,

como una virgen esclava,
tiembla, susurra y se extiende,
florida y engalanada,
bajo el oro de sus trigos
y el azul de sus cieladas;
adormeciéndose al canto
de las sencillas torcazas
que ocultas entre laureles
entonan á la alborada
sus cuitas, sus amoríos
y sus bellas esperanzas...

(Viene avanzando hacia el proscenio, haciendo una breve pausa.)

Cuando he vivido alejado
de esta vida embalsamada,
perdido allá en las ciudades
bulliciosas de mi patria;
cuando creí que vivía
vida intensa, hermosa y alta,
dejando correr mis días,
siempre llenos de algazara,
de agitación permanente,
con que nos brinda y nos ata
la soberana hermosura
de la sultana del Plata,
no sabía que allá lejos,
en el reino de las pampas,
me ofrecía nuestra tierra
más dicha, más paz, más calma:

pues que aquí tiene su trono
de majestades el alma!

¡La ciudad!... ¿Y qué me ofrece
de encantos á la mirada?...

¿Qué dicha nos proporciona
con sus calles rectas, amplias?

¿Qué vida de diversiones,
qué venturas y qué gracias
que llenen el alma entera
como la llena esta pampa!

¿Dónde está allí la grandeza
de mi patria reflejada?...

Los palacios gigantescos

¿pueden tener semejanza
con este palacio inmenso (Señala el cielo.)
de llanos, cielo y montañas?

El tráfico tormentoso

por aquellas calles largas,
el sonar de los tranvías
y bocinas automáticas,

el gritar de los que venden,
el charlar de los que pasan

¿ofrecen más atractivos

á los sentidos y al alma
que la paz y los murmullos

de estas llanuras calladas? (Pausa.)

Cuando mi padre me dijo:

“hay que volver á la estancia”

sentí que un escalofrío

de pena me dominaba.
Me puse triste y lloroso,
creí morir de rabia,
comenzando á suplicarle
con zalameras palabras,
diciéndole:—Papaíto:
no me lleves á la estancia,
porque allá no tengo amigos,
ni diversiones tan gratas
como tengo en Buenos Aires.
¡Ay papaíto del alma,
por lo mucho que te quiero
no me lleves á la estancia!
Pero él quizás comprendiendo
lo equivocado que estaba
no hizo caso de mis ruegos,
y riéndose con ganas
me contestó: “Tú no sabes
lo que es bueno, hijo del alma!
No sabes que el campo es bello,
Que el aire de las mañanas
encenderá como rosas
tus mejillas apagadas.
Y que volverás más fuerte,
con más salud en el alma,
con más vida y alegría,
después de una temporada.”
Como el que habló fué mi padre,
mi padre que siempre manda,

dispuse bien mi valija,
dispuesto á emprender la marcha.
Y después de doce horas
en el exprés Mar del Plata
llegamos, si bien recuerdo,
no hace aún una semana.
El primer día ¡Dios mío!
creí que se me enfermaba
mi corazón de tristezas.
Las ovejas y las cabras,
con su balar incesante,
me daban tal repugnancia
que pasé una noche horrible,
solo, sentado en la cama.
Mi padre observando entonces
lo triste que me encontraba,
me llevó á dar un paseo
de rodeo á nuestra estancia,
volviendo ya más alegre,
durmiendo, al fin, con más ganas,
bajo el silencio profundo
de estas infinitas pampas,
que con su manto de estrellas
y sus músicas extrañas
á los cielos dulcemente
parecen llevar el alma.
Por fin, á los cuatro días,
todo en mí era paz y calma;
me bullían en la mente

nuevas y profundas ansias.

Y aquí estoy como en un mundo (moviéndose hacia
de bellezas y esperanzas todas partes.)

porque todo es alegría,
majestades, serenatas,

cantos, vida, luz, colores,
sosiego, quietud y calma.

El pampero es fuerte y sano,
el sol siempre da en la cara,

la luna, dulce viajera,
con cabellera de plata,

sobre la inmensa llanura
con majestad se levanta,

como el vigía del mundo
que cruza el cielo hasta el alba,

mientras el sol, su marido,
de sus fatigas descansa.

¡Qué hermoso es oír los cantos
de los rebaños que pasan!

Escuchar los aires tristes,
en la gauchesca guitarra,

que entre dulces vidalitas
y tangos, va solitaria

dejando en el aire un eco
de amores y de plegarias,

como la voz misteriosa
del corazón de la patria! (Pausa.)

Después, me acerco á mi zaino,
monto de un salto á la zaga,

Me afirmo bien las espuelas,
le doy con esto en las ancas, (Muestra el látigo.)
y, sin rumbo, á la ventura,
corro á través de la pampa,
pareciéndome á mí mismo
Don Quijote de la Mancha.

.....
.....

No, no vuelvo á Buenos Aires,
esta grandeza me encanta;
que otros emprendan conquistas,
fecundas y soberanas,
para la historia gloriosa
de nuestra bendita patria.

(Acercándose más al proscenio.)

Yo quiero ser libre, libre,
como el aire de las pampas;
quiero ser buen argentino,
quiero tener alma gaucha!



Para niños

El retrato de mi madre

..... Monólogo infantil

Personaje:

Angel, de 12 años

El retrato de mi madre

Acto único

Un dormitorio. A la derecha, una puerta de entrada al interior. Al fondo, hacia la izquierda, la cama, una mesa de luz, silla, etc. Encima de la mesa de luz una lámpara encendida y un retrato en un marco.

Escena única

Angel aparece desnudándose y en actitud de meditación.

Angel:

(Volviéndose hacia el retrato.)

Cuando se quiere á una madre
siempre es tiempo de besarla,
(Toma el retrato y lo besa.) (Pausa.)
bebiendo en su dulce boca
sus hermosísimas ansias!
Siempre es tiempo de quererla,
de sentirla y recordarla,
encendiendo en su cariño

los sentimientos del alma.
Huérfanos están mis ojos,
desde hace cuatro semanas,
y huérfanos mis sentidos,
y sin eco mis palabras.

(Se mueve de un lado al otro de 'a escena.)

La llamo á todas las horas,
la busco con mis miradas.
Grito su nombre bendito,
suplico, llero de rabia.
Quiero verla en mis delirios
y en mis sueños abrazarla,
poner mis labios sedientos
sobre su frente de escarcha,
y cuanto más me enardezco,
buscando alivio á mis ansias,
tanto más hondo el silencio
en mi derredor se graba,
como si mi alcoba fuese
triste estancia funeraria!...

(Hacia el retrato, cruzado de brazos.)

¿Adónde fuiste mi madre!...

¿Por qué vives tan callada,
lejos de mí que te adoro
como se adora á una santa!

¿Qué ley del mundo te roba?
¿Qué destino te arrebató
de estos ojos que son tuyos,
de esta alma que es tu alma,

de este corazón que vive
como envuelto en su mortaja,
queriendo salir del pecho
lleno de inquietudes santas! (Pausa.)

.....
¡Tu retrato! Si él tuviera

el eco de tus palabras,
y en sus ojos juguetera
viese yo asomar tu alma!

¡Pero qué!... Si es un reflejo
solamente de sus gracias!... (Pausa.)

(Toma el retrato y lo mira con mucha atención.)

¿Dónde vive en estos ojos
aquella luz de alborada
que se encendía allá adentro
cada vez que me besaba!

¿Y el color de sus pupilas,
hermosamente azuladas,
dónde está? ¿Y sus cabellos
de finas hebras doradas?

¿Y sus labios amorosos
encendidos como un ascua?

¿Y su risa melodiosa?

¿Y aquellas manos tan blancas?

¿Y aquel divino jolgorio
de sonoras careajadas
que hacían temblar de gozo
sus mejillas nacaradas?

¡Mentira, todo es mentira!

De ella, yo no encuentro nada.
Sólo un pálido reflejo
de aquellas divinas gracias
vive aquí, madre querida,
como una sombra lejana.

(Deja el retrato sobre la mesa y sigue mirándolo á medida que recita algo referente á él.)

Este retrato es muy poco
para contentar mi alma;
visión difusa y remota,
sin ilusión ni esperanza,
que no vive, ni susurra
ni me ríe, ni me habla,
ni me besa, ni me grita,
ni me busca, ni me llama.
Es algo muerto, sin vida,
triste imagen de la nada,
que infunde penas más hondas
para quien de veras ama!
Te llevo yo más perenne,
más encendida y más alta
dentro de mí, porque siento
que algunas veces me hablas
desde muy lejos, oyendo
la amargura de mis ansias.
Sólo el recuerdo persiste,
y el recuerdo, madre santa,
es una llama que muere
también, porque es una llama

que el tiempo soplando en ella
consumiéndola la apaga.

Pero yo juro adorarte
siempre, sin mengua ni tasa;
juro hasta el fin de mi vida
llevarte impresa en el alma,
y quererte madre mía,
y adorarte madre santa
con aquel fuego amoroso
que en tu cariño me dabas,
cuando de niño dichosa,
al pie de mi cuna blanca,
me hacías cruzar las manos
y mis ojos levantabas
hacia el cielo, como en busca
de alguna dulce esperanza,
cuando sola allí á mi lado
para dormirme cantabas!

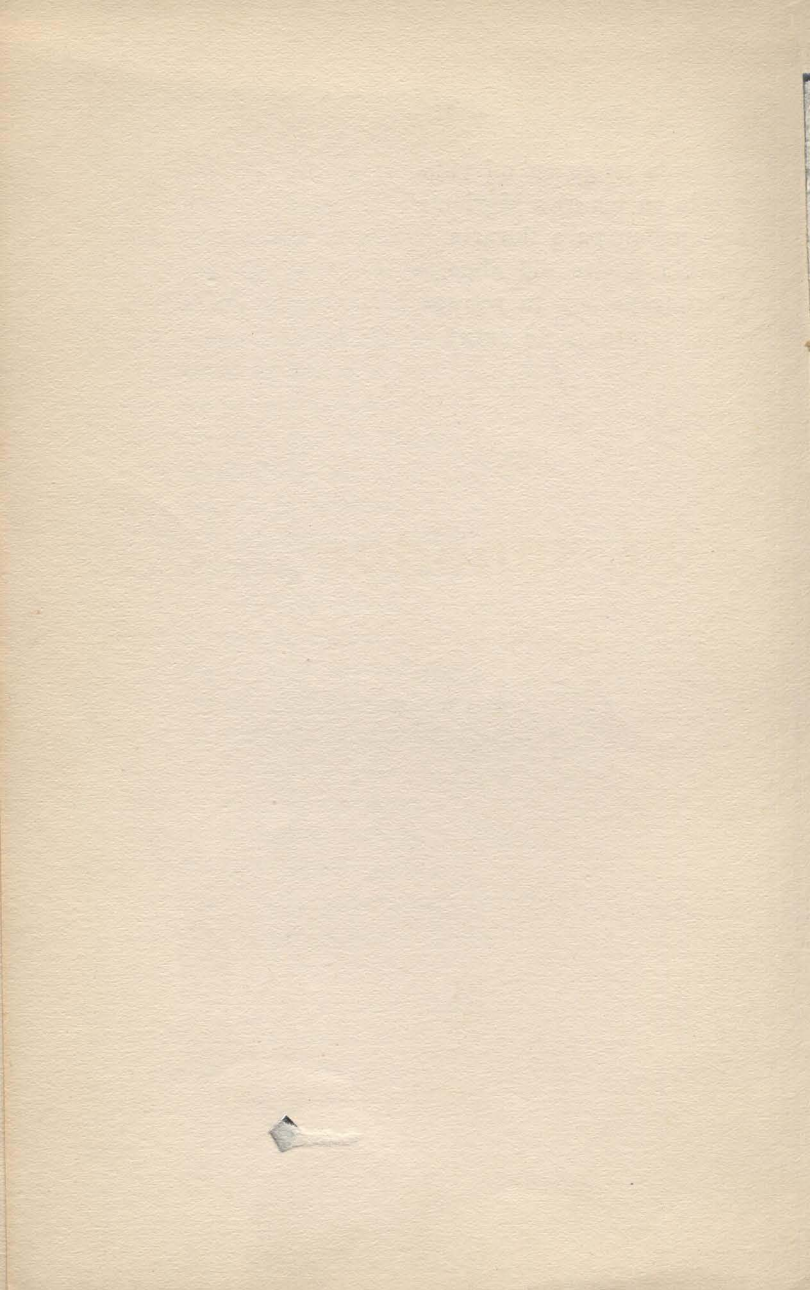
¡Oh tiempo aquél! ¡Qué felices (Se sienta en la silla.)

horas con su amor pasaba!
Qué hermosos días de dicha
han presidido mi infancia!
Ni una sola nube negra
por aquel cielo rodaba,
entristeciendo la vida:
todo era amor, esperanzas,
dicha, alegría, contento,
risas, cantos y algazaras,
sin que jamás una pena,

turbando la paz sagrada,
de nuestro hogar, nuestra vida
con su tristeza empañara.
Aun me veo entre los brazos
de aquella madre adorada;
aun siento estallar sus besos,
frenéticos en mi cara;
aun recibo sus caricias,
aun escucho que me llama
y levantándose en alto,
á la luz de la ventana,
y decirle alegre á mi padre,
que absorto la contemplaba:
Este es mi hijo querido,
el hijo de mis entrañas
que me imita y me refleja
como al sol refleja el alba.
Soy yo misma, es una imagen
de mi mismísima cara,
de mis ojos, de mi boca,
soy yo misma en cuerpo y alma.
¿No lo ves? ¿Será posible
pedir aún más semejanza? (Pausa.)
¡Pobre madre! ¡Cuánta dicha
demostraban sus palabras!
Por desgracia, ya la muerte
batió sobre ti sus alas
y me arrebató de un golpe
mi amor, mi firme esperanza!

Ya nada tengo en mi vida
y sólo en los ojos lágrimas
me quedan para llorarte
querida madre del alma.
¡Porque yo soy tu retrato
y tu retrato es mi cara!





Para niños

El soñador

::::: Monólogo infantil :::::

Personaje: :::::

Pablo, de 12 años

El soñador

Acto único

Un gabinete de estudio. En el centro, una mesa con libros, algunas cuartillas, y una lámpara encendida, de pantalla azul.

Escena única

Pablo aparece sentado á la mesa, frente al público.

Pablo:

(Como saliendo de una gran preocupación.)

Yo quiero ser poeta,

yo quiero ser cantor.

yo quiero que mis manos hagan sonar la lira
sublime del amor.

Yo quiero que mi vida
transcurra en este afán.

Yo quiero que mis versos sean para las almas
el fuego de un volcán.

(Se levanta lentamente, y después de dar unos pasos por la estancia, en silencio, vuelve de nuevo á sentarse, continuando.)

¿Qué vale la existencia
medida en el placer,
si este placer no salva de su cárcel al alma
que anima nuestro ser?
¿Qué vale el mundo entero,
con toda su ilusión,
si vive aprisionado y esclavo de sí mismo
mi pobre corazón?

Yo soy rico, muy rico;
nada me falta á mí;
mis padres tienen oro, palacios, grandes campos
y riquezas, sin fin.
Mi vida es un capricho,
cumplido hasta saciar;
muy pocos hay que tengan las mil satisfacciones
que tengo yo en mi hogar.

Las cosas más costosas,
si no las tengo aquí,
mis padres van por ellas hasta el confín del mundo,
por darme gusto á mí.
Y, en fin, porque no sufro,
tardanza ni revés,
juguetes y caprichos y extravagancias puras
mi vida entera es.

Mas yo no estoy contento
con tanto bienestar.

Paso días muy tristes, y hasta días que tengo
deseos de llorar.

Paso noches atroces,
y sin saber por qué,
me gusta hallarme solo, sin ganas de acostarme,
ni ganas de comer.

Mis amigos me cansan
con su conversación
de asuntos baladíes, de asuntos que no tienen
sentido, ni ilación.

Y sólo estoy contento,
y sólo estoy muy bien
cuando me encuentro solo, en medio de mis libros
y á solas con mi sien.

Yo me pregunto ahora: (Se levanta.)

¿por qué seré yo así?

¿Qué llevo de misterios, rarezas ó locuras
allá dentro de mí?

¿Qué sello ó qué destino,
venturoso ó atroz,

ha escrito con su dedo, al mandarme á este mundo
sobre mi frente, Dios?

No hay cosa que subyugue
mi alma de cristal
como la pöesía, fuente pura y sublime,
de sonoro raudal.

De raudales sonoros,
que siento yo correr
como música extraña, como música dulce
del fendo de mi ser.

Aquí, sobre esta mesa,
rendido al ideal,
me siento algunas veces, á solas con mis libros,
magnífico y genial...
Me siento dominado
por un lejano amor,
y sueño delirante de mi querida patria
con ser un gran cantor.

Y entonces apagando (Apaga la luz.)
la luz me siento aquí
más fuerte y elevado, más soñador, más grande;
más recogido en mí.
Y repitiendo entonces,
los versos con ardor,
en medio de mi alcoba, me creo muy de veras
que soy un ruiseñor.

Y me pongo pensando,
con mucha seriedad,
buscando consonantes para una estrofa mía
que acabo de inventar.
Y doy vueltas y vueltas,
y estrujo mi magín,

y van los pensamientos y vienen las ideas
y no hago nada al fin.

Mas ¡ay! de pronto llega
la santa reflexión,
y me pregunto, entonces, con mucha parsimonia,
y en grave posición.
Me pregunto á mí mismo,
si, con tanto soñar,
no seré con mis sueños y con tanto delirio
¡un gran loco de atar!...



Para niños

::: El eco :::

::: Monólogo infantil :::

Personaje: :::::

Serafín, de 10 años

::: El eco :::

Acto único

Un paisaje agreste. Hacia la izquierda, se ve, sobre un pequeño montículo, una bandera argentina, caída al pie de un asta.

Escena única

Serafín, entrando por la derecha, y deteniéndose a mirar la bandera en el suelo.

Serafín:

¡Una bandera caída!...
De puro coraje salto
viéndola así desprendida
de su asta; por mi vida
que me enardezco y me exalto!
(Como á lo lejos, se oye en seguida)
—¡Alto!...

(Retrocediendo algo temeroso.)

—¿Alto á quién?... ¿A un enemigo
que á mi bandera ultrajó,
y que valiente al abrigo
de esa loma, sin testigo,
desprenderla se dignó!

—¡No!

—¿No?... Entonces di quién eres,
si mi alma no delira.

¿O acaso asustarme quieres?
Cobardes son las mujeres,
y el miedo á mí no me admira.

—¡Mira!

—Pero ¿adónde he de mirar,
si nadie, en torno de mí,
veo que me puede hablar!
¿Dónde te puedo encontrar
(Quiere avanzar y se detiene.)
en tu rincón Calchaquí!

—¡Aquí!

—¡Ahí! ¿Pero en dónde estás?
¿Por qué tu lengua no nombra
el lugar? ¿Delante, atrás?
¡Por Dios, que esto es por demás,
y este misterio me asombra!

—¡Sombra!

—¿Sombra? Pues déjate ver
y dime quien se atrevió
tal infamia á cometer.
La bandera de mi ser

dime, pues, ¿quién la arrió?

—Yo

—¡Tú! Pues mira que has ganado
gloriosa y atroz batalla.
Nuestro símbolo sagrado
hasta el suelo has arriado,
sombra cobarde y canalla!

—¡Calla!

—No he de callar ¡vive Dios!
que jamás yo miedo tuve
frente al trance más atroz!
¡Vamos á vernos los dos
sombra, viento, alma ó nube!

—Sube

—Ya subo, sombra enemiga; (Avanza.)
la patria alientos me da,
y mi corazón me obliga.
Soy hijo, y mal que lo diga,
del cóndor y del chajá.

—¡Ja, ja!...

—¿Te ríes? ¡Vaya un valiente!
Te estás burlando de mí,
sin mostrarte frente á frente.
¿Te burlas, gran insolente,
con cobarde frenesí?

—¡Sí!

—¿Sí? Pues bien. Yo elevaré
á su altura esa bandera,
y aun contigo me veré,

sin miedo alguno, hasta qué
salga victorioso ó muera.

—¡Fuera!

—¿Fuera? ¡Ja, ja! ¡Qué ironía!
¿Piensas que soy un cazarro?
Muestra nobleza é hidalguía,
sombra extraña, y valentía,
porque de hablar ya me aburro.

—¡Burro!

—Tu abuela, sombra cobarde,
fantasma de ignoto arcano.
En mis venas sangre arde
de Roldán y Calomarde,
de don Juan el sevillano.

—Villano

—¡Vive Dios! Sombra escondida.
Tu burla me importa poco.
¡Sal sombra de tu guarida (con arrogancia)
que á los pies de mi querida
patria, mi vida coloco!

—¡Loco!

—¡De coraje arde mi pecho!
¡A Belcebú voto va!
No provoques mi despecho,
sombra maligna, en acecho,
alma errante de Judá!

—¡Da!

—Pues te doy, sin más demora,
que me lo impida no hay quién.

Ven, pues, sombra aterradora;
de vernos llega la hora,
quizá de morir también!

—¡Bien!

—Mas no te veo delante,
defendiendo tu decoro.

Di quién eres, sombra errante, (Con desesperación.)
alma triste y sollozante,
di quien eres; te lo imploro!

—¡Loro!...

(Guarda silencio un momento, como sorprendido.)

—¡Un loro! Trance festivo, (Al público.)
á fe mía, que esto es.

Si el monólogo fué vivo,
decidme si hay un motivo
de aplaudir este entremés.



Para niños

Genio militar

: : : : : Monólogo infantil : : : : :

Personaje: : : : :

Darío, de 11 años

Genio militar

Aeto único

Una sala. Al fondo, un balcón abierto que permite ver, á lo lejos, la campiña. En un ángulo de la sala un retrato del general San Martín, y, abajo, recogida en lanzas, la bandera argentina. Es de día.

Escena única

Darío, vestido de militar, aparece en medio de la sala, apoyado en el puño de la espada.

Darío:

No sé qué llevo en el pecho,
ni lo que anida en mi alma
para que tanto cariño
sienta yo por esta espada.
Parece que desde el fondo
de mi ser se levantara
cierta voz que siempre en sueños
me persigue enmascarada,

diciéndome á cada instante:

—¡No desmayes!... Anda... Anda!...—

(Se pasea pensativo.)

¿Qué será? ¿Por qué así siempre
despierto por las mañanas,
al sentir los dulces ecos
de estas voces que me llaman?
De estas voces que me gritan,
infundiéndome esperanzas,
y que unas veces confusas
y otras muchas veces claras,
siempre me animan risueñas
gritándome:—¡Anda, anda!...—(Pausa.)

Serán sueños, no lo dudo,
tan sólo quimeras vanas
estas voces que me gritan,
invitándome á la marcha.
Pero lo que sí, no es sueño,
ni quimeras, ni esperanzas,
es lo que llevo allá adentro,
en el fondo de mi alma,
que me hace vivir contento,
lleno de alegría extraña,
cuando me miro vestido
de militar, con mi espada,
y me asomo á algún espejo,
contemplando mi arrogancia.
Entonces, me siento otro.
Hasta á veces me dan ganas

de bailar, y en mi delirio,
me abrazo airoso á la espada,
y juntitos, muy juntitos,
corremos por esta sala,
como dos enamorados
entregados á la danza;
y silbando entusiasmado
la conocida sonata
de la Princesa del dólar,
ú otra alegre serenata,
caigo rendido en los brazos
de esta compañera santa, (Señala la espada.)
contento y lleno de dicha
como un galán entusiasta.
Y ahora que esto recuerdo,
hasta las piernas me saltan...

(Se abraza á la espada y baila, silbando un motivo cualquiera.)

Esto no será muy serio
para un militar de raza,
pero para mí resulta
de seriedad acabada,
porque entiendo que la única
manera de amar la espada
debe ser tenerla siempre
como compañera grata,
ya que lleva en sí ese temple,
que es como su propia alma.
¿No va siempre con nosotros,

como una novia adorada?

¿No nos sirve de corona,
de consuelo y de mortaja?

¿No está nuestra gloria en ella,
nuestra vida, nuestra patria?

¿No nos exigen la vida
primero que abandonarla?

Pues claro. Entonces tenemos
que sostenerla, sin mancha.

Así, reluciente, fina, (Muestra la espada.)

llena de honor y arrogancia,
dispuesta siempre á la lucha
por nuestra tierra adorada. (Pausa.)

Si por suerte me encontrase
yo en un campo de batalla,
viéndome solo, aunque fuese
mi situación apurada,

primero que huir cobarde,
para baldón de mi patria,
rindiéndole al enemigo

mi digna y querida espada,
mil veces entregaría

la vida, y en cuerpo y alma
muriera allí combatiendo
por su honor, puro y sin mancha.

(Volviéndose al retrato del general San Martín.)

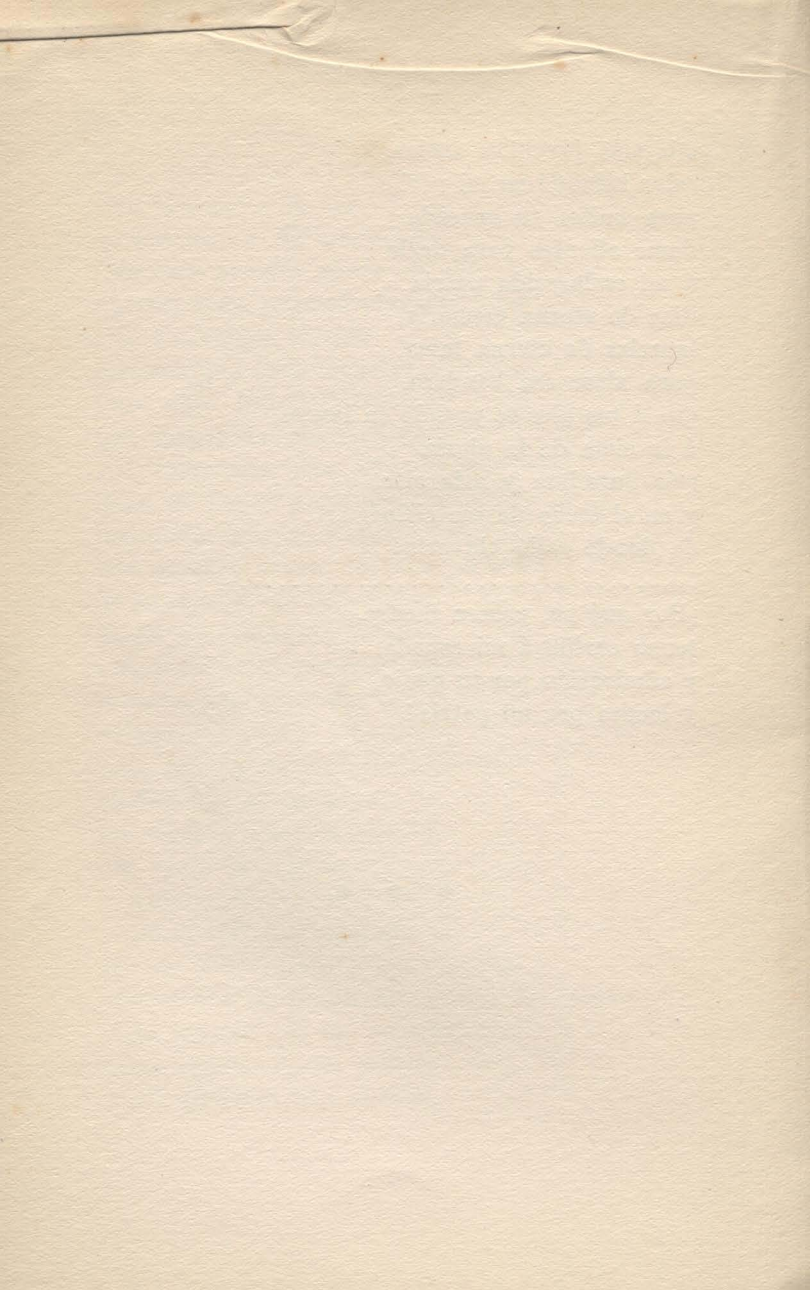
Gran capitán que me escuchas,
noble orgullo de mi patria,
genio guerrero que animas

mis más juveniles ansias,
calor infunde en mi pecho
para imitar tu cruzada;
dame alientos para darle
á mi esclarecida patria
días de eterna memoria,
laureles de eterna fama,
para alzar esa bandera,
que á tus pies se prende en lanzas,
á la cima de la gloria
más duradera y más alta,
y en el techo de ese cielo
de donde salió clavarla!

.....

¡Por qué yo, prócer ilustre,
tengo cariño á mi espada,
y admiración por tu genio,
y locura por mi patria!





Para niñas

Mi piano

:: :: Monólogo infantil :: ::

Personaje: :: :: :: ::

Rosalía, de 12 años

mi piano

Acto único

Un saloncillo de visita. A la izquierda, un piano.

Escena única

Rosalía aparece sentada al piano. Sobre el piano un ramo de flores.

Rosalía:

Sobre los hondos dolores
y miserias de la vida,
sobre el alma entristecida
por amargos sinsabores,
álzase un cielo de amores,
en este arte inmortal,
donde brilla un ideal
que, endulzando nuestras penas,
sabe romper las cadenas
con que nos sujeta el mal.

Cuando el corazón augura
con apresurado acento
la nota de un sentimiento
que á invadirlo se apresura.
Cuando inmensa desventura
su trono quiere elevar
sobre este solemne altar, (Por el corazón.)
para herirlo y desmembrarlo,
bastan para desterrarlo
una nota y un cantar.

Llámanle el arte divino,
porque ha nacido en el cielo,
y es el más dulce consuelo
del humano peregrino.
Dios lo ha puesto en el camino
del hombre para su bien;
para que añore el edén
que tras los mundos se encierra,
para cruzar por la tierra,
mirando al cielo también.

Yo no sé cómo explicar
(Se levanta, y avanza unos pasos hacia el proscenio.)
el extraño sentimiento
que me causa este instrumento,
con su acento singular.
A veces quiero llorar
al dulce són de sus notas,

porque con las fibras rotas
mi corazón va escuchando
voces que pasan cantando
hacia regiones ignotas.

Y como lleno de vida
y de tristeza el piano,
apenas cae una mano
sobre una nota perdida,

(Baja la voz, y extiende hacia adelante las dos ma-
nos, como escuchando la nota.)

suenan augusta y dolorida
una voz, una canción,
como si del panteón
donde descansa mi madre,
venga un eco y me taladre
como un dardo el corazón!

Ecos de pena infinita, (Con emoción creciente.)
voces de un alto misterio,
acentos del cementerio
es esta voz que me grita.
El alma pura y bendita,
que para mi mal perdí,
parece llamarme á sí
para decirme, sin calma:
¡Hija mía de mi alma
no te separes de mí!

Y ruedan sobre el teclado
lágrimas de amor profundo,
y quiero salir del mundo
para correr á su lado.
Siento que precipitado
(Se coloca una mano en el pecho.)
salta y salta el corazón,
y llena de inspiración
veo que corre mi mano
por las teclas, y el piano
tiene acentos de oración.

Después, parece que un ave
(Bajando de nuevo la voz.)
con sus alas, blandamente,
pasa rozando mi frente,
fugaz, mística y süave.
Mi alma, entonces, no sabe
qué decir, ni qué pensar,
y, extática, al terminar
aquella extraña sonata,
en suspiros se desata,
y, por fin, rompo á llorar!

Noble instrumento querido,
(Se acerca al piano lentamente.)
de mis penas dulce encanto,
¡cuánto sentimiento santo
late en tu fondo escondido!

¡Cuánto acento contenido
en mi corazón por vos!
Y es que al conversar los dos,
tus teclas, conmigo afines,
las pulsan los serafines,
y en tu fondo canta Dios! (Comienza á tocar.)



Para niñas

Las violetas

: : : : : Monólogo infantil : : : : :

Personaje: : : : :

Blanca, de 12 años

Las violetas

Acto único

Un jardín. Al fondo, las copas de los árboles en flor. Plantas, macetas, etc. Es el anochecer.

Escena única

Blanca aparece en medio del jardín, llevando un ramo de violetas en la mano. Lleva traje blanco.

Blanca:

Todas me dicen que tengo,
por mis gestos y maneras,
una extraña semejanza
con las bellas violetas.
Todos me alaban, diciendo
que en mi natural encuentran
cierto aire, cierto estilo, ...
cierta gracia, cierto emblema
de las dotes naturales
de estas florecillas tiernas,

de tal modo, que aun algunas
personas cuando me encuentran,
en vez de llamarme Blanca,
me dicen: ¡Hola, Violeta! (Pausa.)

Yo por mucho que medito
sobre este difícil tema
nunca la razón encuentro
de este bellissimo emblema.
Me siento y medito á solas,
discurriendo á mi manera,
medita que te medita,
piensa que “requetepiensa”,
mas nunca puedo explicarme,
por más que esté horas enteras,
el por qué del dulce nombre
que me dan mis compañeras.
Si fuese yo muy bonita,
si gran belleza tuviera
mi rostro y por mis virtudes
fuese una niña perfecta,
no extrañaría, sin duda,
que algunas personas buenas
me aplicasen este nombre
precioso de violeta.
Pero ¡Dios mío! si apenas
tengo en mi cara belleza;
si, en justicia, nada llevo
parecido á esta flor bella.
Si me parece á mí misma

que soy imperfecta y fea,
que tengo en mí más defectos
que otra muchacha cualquiera
¿por qué me dan este nombre
tan lindo, si en él se encierran
las delicadas fragancias
de estas florecillas tiernas? (Se sienta.)

Vamos á ver. Ante todo,
para aclarar este tema,
preciso el significado
que tienen las violetas;
es decir: saber el símbolo,
como dicen los poetas,
para seguir, sin tropiezos,
por la enmarañada senda
de conocerme á mí misma,
sabiendo si, al fin de cuentas,
represento yo en justicia
tan hermosísimo emblema. (Parece reflexionar.)

Nace esta flor en las faldas
y vertientes de las sierras,
en los campos y en los valles,
entre matas y entre breñas.
Cuando comienza á vestirse
de fiesta la primavera,
con sus aves y sus galas,
ella es siempre la primera
que brilla, cuando el invierno
declina con sus tristezas

y Octubre llega entre brisas
blandas, suaves y frescas.
Como jazmines y azahares,
como frescas rosas tiernas,
estas florecillas orlan
el pecho de las doncellas.
Su delicada fragancia
las hace ser compañeras
de las niñas, porque guardan
entre sus hojas bellezas
que sirven de digno marco
á las que en su rostro ostentan.
Pero yo sé todo esto
tiempo hace, sin que tenga
la razón por qué me aplican
á mí, que me creo fea,
nombre tan bello, tan digno,
como es este de Violeta. (Pausa.)
¿Por qué será?... No es posible, (Inquietamente.)
yo no encuentro del problema
la razón, y no la busco
ya más porque mi cabeza
no tiene más pensamientos,
ni es capaz de más ideas.
Que me llamen como gusten,
por mi nombre, ó como quieran,
que, al fin, yo no pierdo nada
mientras me digan Violeta.
Hoy mismo me han regalado

este ramillete de ellas
la más noble amiga mía,
diciéndome muy risueña:
Yo te regalo estas flores,
mi amiga, para que leas
lo que entre sus frescas hojas
para ti sola se encierra.
Esto me dijo mi amiga;
pero yo no encuentro en ellas
nada que me explique y diga
con claridad y franqueza...
la causa por qué me llaman
en vez de Blanca, Violeta.

(Pasa los dedos por entre las violetas y parece sorprenderse.)

Pero calla, si aquí viene
un papel; no, una tarjeta,
doblada con mucho arte.
¿No será alguna sorpresa
que quiere darme mi amiga?
Veamos... Sí; una tarjeta (Sacándola.)
por los dos lados escrita
de su propio puño y letra. (La desenvuelve.)
¿Qué dirá esta picaruela?
¿Quién sabe; alguna ocurrencia
de las que siempre ella tiene!
Me quiere tanto, es tan buena... (Leyendo.)
Querida amiga: Si todas
te llamamos Violeta

se debe á que vos tan sólo
eres sencilla y modesta.

No discurras, ni medites,
ni rompas más la cabeza
que ese es el significado.

Tu amiga, María Elena.

(Mostrándose muy contenta. Hacia el público.)

Con que señores, ya saben
la solución del problema.

La razón por qué me llaman
en vez de Blanca, Violeta.



Para niñas

Mi alcancía

::::: Monólogo infantil :::::

Personaje: :::::

Rosa, de 12 años

Mi alcancía

Acto único

Una habitación lujosa. En el centro, una mesa, un sofá, butacas, etc. Al fondo, una puerta.

Escena única

Rosa, entrando por el foro con una alcancía en la mano. Viene en traje de calle, muy contenta.

Rosa:

Vengo llena de alegría,
muy satisfecha y contenta,
porque mi caja de ahorros
traigo de níqueles llena.
Hoy fué un día afortunado
para mí; si Dios quisiera
que así fuese siempre, entonces
sería suerte completa,
porque podía la plata,

el oro y papel moneda
rodar, que aquí ya no caben,
ni diez centavos siquiera.
Hoy tuve suerte, no hay duda,
pues hace una hora apenas
no tenía en mi alcancía,
ni siquiera una moneda.
Tres veces corrí la calle
de Cuyo, en sus dos aceras,
pidiendo á los que pasaban
una limosna pequeña;
pero á pesar de mis gestos
y de mi voz dulce y tierna
no tintinaba en el fondo,
ni aunque fuese como muestra,
nada, ni un mísero cobre,
ni una lejana promesa.
Todos pasaban corriendo,
fingiéndome puras señas (Remeda lo mismo.)
de que no llevaban plata,
pero si es caso, á la vuelta,
se iban á tomar la copa,
gastando aquellas monedas
que debían ir al fondo
de esta mi alcancía nueva.
Para colmo de reveses
hasta un opa ; qué ocurrencia !
quiso darme en vez de plata
dos números de “La Prensa”,

mientras que otros por no oirme
la sabida cantilena
cruzaban lejos la calle,
marchando por la otra acera,
para mirar de reojo
mi alcancía. Aquello era
más doloroso y más triste
que una noche de tormenta;
mis mejillas se encendían
al fuego de la vergüenza.
Pensaba que mi alcancía
no sería nunca llena
que, al fin, cuando la entregase
á la comisión de fiestas
iba á armarse allí un titeo
de risas que de por fuerza
me dolería en el alma
verme entre mis compañeras,
sin un cobre en mi alcancía,
mientras que las de ellas, llenas!
¡Qué momentos angustiosos
pasé, qué inmensa tristeza
me embargaba allí en la calle,
pensando en mi suerte adversa!
Primero quise marcharme,
muda, rabiosa y perpleja,
rompiendo en veinte pedazos
la alcancía allí en la acera.
Mas, de pronto, se me ocurre

la más ingeniosa idea
para burlarme de todos
los que cruzan por mi acera.
Cierro los ojos y empiezo,
sin miedo á hacerme la ciega,
plañendo con mucha gracia
la sabida cantilena,
con la mano así extendida
hacia el centro de la acera: (Simula la ciega.)
¡Deje usted una limosnita,
tan sólo lo que usted pueda
para aquellos niños pobres
que sufren hambre y miseria!

.....
Fué una cosa de milagro.
Comenzaron las monedas
á sonar allá en el fondo,
tan seguidas y ligeras
que no tardé ni dos horas
en ver mi alcancía llena;
dejando la calle Cuyo,
velozmente, á la carrera,
para venirme á mi casa
feliz, dichosa y contenta
dispuesta para otro día
siempre á repetir la prueba,
pues Dios no ha de castigarme
por mostrarme así traviesa. (Pausa.)
Pues bien; vaciando ahora

mi alcancía aquí en la mesa,
mañana vuelve conmigo
para hacer de tonta y ciega;
pues que así los niños pobres
no tendrán hambre ni penas,
y mis sacrificios sirven
para endulzar su existencia
¡Basta que los pobres niños
me lo tengan siempre en cuenta! (Vuelca la alcancía.)



Para niñas

Mi mejor amiga

: : : : : Monólogo infantil : : : : :

Personaje: : : : :

Margarita, 12 años

Mi mejor amiga

Acto único

Un saloncillo de visita. Al fondo, un balcón con flores.

Escena única

Margarita aparece de pie, en medio de la escena, contemplando un retrato. Viste con sencillez.

Margarita:

¡Qué hermosa! Con qué pena
me besaba la frente en la agonía,
y su alma serena
con qué amor al volar me despedía!
Sus ojos, al abrirse,
despedían la luz de sus amores,
y de la triste vida al despedirse
brillaban con magníficos fulgores,
como queriendo de su mal reirse!
Pero, al fin, ya murió; su imagen bella

tiene en mi corazón ofrenda pura
y es su recuerdo en mí, luciente estrella
que lejana fulgura,
alumbrando mi vida con la de ella.
¡Pobre Angélica mía! (Besa el retrato.)
Con qué dolor intenso te he mirado
sufrir en tu agonía,
pensando en tu destino desgraciado,
cuando todo en tu torno, sonreía.
Con qué dolor profundo
recibí de tu boca el postrer beso,
al ver que te alejabas de este mundo,
sintiendo el embeleso
de aquel vivir, que no duró un segundo.
Tal era su destino (Hacia el público.)
morir soñando amor, dicha y ventura,
y cruzar el camino
de esta existencia impura
como un pájaro hermoso y peregrino.
En los libros del cielo
lo sellaron así leyes divinas,
y al dejar tan temprano el patrio suelo,
fué una alondra de pampas argentinas
que entre cantos de amor plegó su vuelo.
(Mira el retrato, fijándose en silencio breves momentos.)
En mí nunca el olvido
encontrará un lugar donde posarse,
y su nombre querido
en mi memoria habrá de eternizarse,

como un recuerdo santo y bendecido.
No pasará un momento,
sin que recuerde su existencia hermosa,
y siempre el sentimiento
de su amistad graciosa
allá en mi corazón tendrá un asiento.
Y lloraré su vida
como una flor tronchada en primavera
por la hoz atrevida
de la muerte, que pasa adusta y fiera
con su mano esquelética tendida. (Breve pausa.)
¡Qué sentimientos grandes
su corazón magnífico albergaba!
Era una hermosa hija de los Andes
por las virtudes que en su ser llevaba.
Aún escucho su risa,
su risa pura, fresca y cristalina,
como el susurro de una blanda brisa,
temblona é indecisa,
en su boca de virgen argentina.
Aun la veo á mi lado
en el jardín cortando blancas flores
para adornar el infantil estrado,
donde todas rendíamos amores
al gran día á la patria consagrado.
La veo presurosa
brindando á sus amigas las banderas
de nuestra patria hermosa,
y entonar las estrofas hechiceras

de la canción magnífica y gloriosa.
Y animar, encendida
el canto á coro, en fiestas escolares,
vivando enardecida
al són de los patrióticos cantares
á la patria por ella tan querida!
(Toma el retrato de nuevo.)

Oh amiga santa y buena,
amiga la mejor que yo he tenido,
vele tu tumba la quietud serena,
y si mi vida tu existencia llena
sabe también que yo, nunca te olvido!

(Besa el retrato.)



Para niñas

El hogar

::: Monólogo infantil :::

Personaje: :::::

Sofía, de 11 años

:: El hogar ::

Aeto único

Un aposento amueblado modestamente. En el centro, una mesa; á la derecha, una puerta.

Escena única

Sofía escribiendo. Sobre la mesa, cuadernos, libros. La caja de los deberes en el suelo. Al levantarse el telón, aparece pensativa, con la lapicera en la mano.

Sofía:

¡El hogar!... ¿Cómo defino
yo esta palabra sagrada,
si ella dice tantas cosas
que el corazón nos encantan?
¿Qué dulce significado
y qué mágica palabra
es ésta que así al esfuerzo
del pensamiento se escapa
como un relámpago vivo

que ante nuestros ojos pasa!
Cada vez que la maestra
estos deberes me manda
me encuentro yo tan perpleja,
tan llena de ideas vagas,
que por mucho que cavilo
sobre estas bellas palabras
no encuentro término propio
para poder descifrarlas,
y emborrono las cuartillas,
sin sacar en limpio nada.
Yo me pregunto: ¿Es posible
que, viviendo yo en mi casa,
no consiga describirla
con las ideas más claras?
Si este es mi hogar, donde viven
mis padres y mis hermanas;
donde vivo yo dichosa,
donde tengo yo mi cama,
donde como, donde duermo,
donde me río con ganas,
donde me quieren y adoran,
donde me visten y calzan,
y en donde encuentro cumplidas
mis más hondas esperanzas
¿por qué se encuentra indecisa
y oscurecida mi alma
al pretender explicarse
esta mágica palabra? (Parece intranquilizarse.)

Hace dos horas que espero
una sola idea clara,
discurriendo de mil modos,
pensativa y cabizbaja.

Tres carillas del cuaderno
se encuentran ya emborronadas,
y lo que he escrito no sirve,
no, no sirve para nada,
y aun temo que mi maestra
me ponga una nota mala. (Pausa.)

¿Y qué hacer? ¿Cómo arreglarme?

¿Quién esta duda me aclara?

¿Adónde voy á inspirarme?

¿Quién de este trance me saca?

¿Quién es capaz de decirme
con claridad meridiana

el alto significado

de esta sublime palabra,

si las cosas que se sienten,

como el hogar y la patria,

no pueden ser definidas

con claridad por el alma? (Con inquietud.)

¡Esto es horrible, Dios mío! (Se pasea inquieta.)

¿Qué es el hogar, Dios del alma?

¿Es el fuego, la cocina,

mi dormitorio, mi cama!

¿Qué es? ¿En dónde yo encuentro

la explicación apropiada? (Da unos pasos en silencio.)

Pero ¡ah! Feliz idea

al fin mi cabeza asalta.
Sólo veo una persona,
una persona adorada,
que pueda aquí ser mi guía,
y esta cuestión complicada
descifrarme en un momento,
con claridad meridiana.
Ella significa todo;
en ella todo se guarda
porque es mi amor, es mi vida,
es mi luz, es mi esperanza,
y sabe explicarme todo,
con poesía y con gracia.
Esta persona es mi madre,
y mi madre, cuando habla
del hogar y del cariño,
sus dulcísimas palabras
tienen un gusto tan raro
y tal belleza y tal gracia,
que me parece á mí misma
que mi madre es una sabia.
(Yéndose alegremente por la derecha.)
Voy corriendo, voy corriendo,
en busca de sus palabras! (Vase corriendo.)



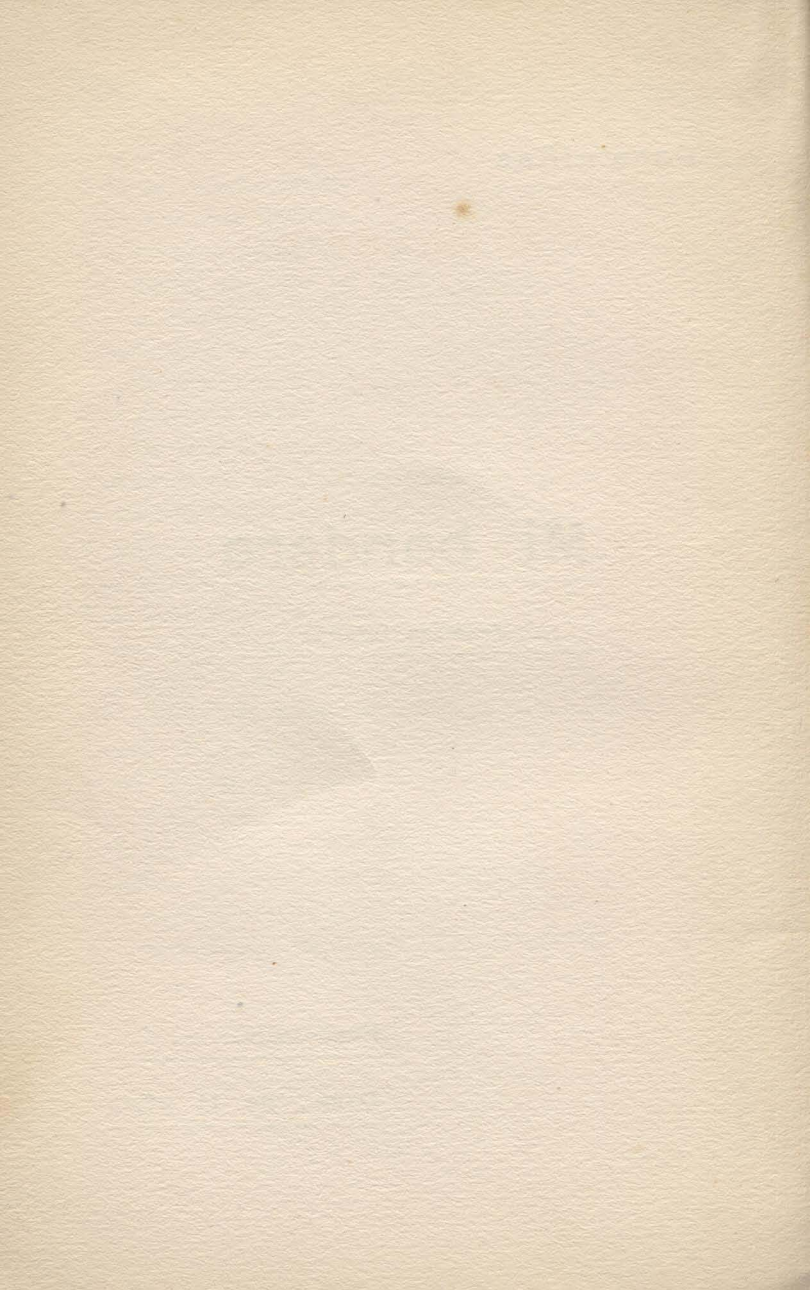
Para niñas

Mi bandera

: : : : Monólogo infantil : : : :

Personaje: : : : :

Dora, de 11 años



Mi bandera

Acto único

Una habitación de costura. En un bastidor, una bandera argentina, á medio bordar.

Escena única

Dora, con el cabello graciosamente recogido, aparece sentándose al bastidor, en disposición de bordar.

Dora:

Yo bordo la enseña
de mi dulce patria.
Yo bordo con hilos
dorados mi amor.
¡Qué hermosa bandera
es la azul y blanca,
qué emblemas más lindos
sus dos franjas son!...

El símbolo bello
del suelo argentino

que en tantas victorias
feliz tremoló,
parece, á lo lejos,
diáfano y limpio,
un cielo envolviendo
la esfera de un sol.

¿Por qué quiero tanto
yo á nuestra bandera?
¿Qué encuentro en sus pliegues
de extraño ideal?
¿Por qué cuando bordo
su escudo me queda
la aguja clavada,
sin poder pasar?...

¿Será que mis manos,
quizás pecadoras,
no deben tocarla?
¿Haré yo un desliz?
¿Será que al sentirme
bordar presurosa
la hermosa bandera
se siente feliz?

Yo sé que por ella
mi pecho suspira;
yo sé que la adoro,
que es santo mi afán.
Yo sé que sus franjas

son cuerdas de lira
que suenan á gloria,
allí donde están.

Yo sé que los campos
murmuran y ríen,
si pasa flotando
marcial, al través.

Yo sé que es el alma
de un pueblo que vive
para ser refugio
del mundo, tal vez!

Yo sé que los hombres
saludan y aplauden
de júbilo llenos,
al verla pasar,
y entonan alegres
solemnes cantares,
sus franjas sublimes
quiere besar.

No hay cosa más pura,
no hay cosa más bella;
no hay cosa que inspire
más gracia y amor.
El alma temblando
detiéndose ante ella,
buscando en sus pliegues
pureza é ilusión.

Yo quiero bordarla
con finos primores;
yo quiero que salga
bañada de luz!, (La toma con cariño.)
y á nuestros soldados,
rindiéndole amores,
en vez de mortaja,
les sirva de tul.

Yo quiero que, al verla,
prorrumpen en hurras,
y un bello heroísmo
redoble su fe.
Y, allí, en el combate
ligeros acudan
á dar por la patria
su vida, en tropel.

Bandera adorable,
mi enseña querida;
girón arrancado
del manto de Dios.
Yo bordo con sangre
de mi propia vida
los rayos gloriosos
de tu hermoso sol. (Besa la bandera.)



Para niñas

Mi cumpleaños

: : : : : Monólogo infantil : : : : :

Personaje: : : : :

Angelina, de 12 años



Mi cumpleaños

Acto único

Un saloncillo de visita. En el centro, una mesa con varios objetos de regalo encima.

Escena única

Angelina aparece de pie, junto á la mesa, con un ramo de flores blancas en el pecho. Luce un vestido elegante y sencillo.

Angelina:

¡Doce años! ¡Qué ventura
es tener esta edad tierna,
y vivir entre los albores
de la dichosa inocencia!
Cuánta alegría en el alma,
cuántos amores se encierran
en esta edad peregrina
en que las auroras bellas
aun no fueron disipadas
por el sol de la experiencia! (Pausa corta.)

Angeles del mundo somos
los que aun niños en la escuela
no sabemos de la vida
más que dichas y promesas,
y sin mirar adelante,
de nuestra florida senda,
corremos indiferentes
á cuanto mal nos rodea,
como pájaros que escapan
del nido por vez primera.
Pero yo, á cada instante,
como eterna cantilena,
las voces amargas oigo
de los que sufren y anhelan;
veo corazones rotos,
llenos de profunda pena,
que van cruzando la vida,
llevando en su cara impresa
la imagen dura y profunda
de una desventura inmensa.
Yo me pregunto indecisa:
¿en qué consiste esa pena?
¿Por qué ser desventurados,
cuando la vida está llena
de alegrías y venturas,
y el mundo entero revela
luz, armonía y colores
en su majestad inmensa!
¿Cómo son, en qué consisten

esos males y esas penas,
cuando la vida es tan dulce
y la sociedad tan buena?

(Se acerca á la mesa, señalando los objetos.)

Aquí están estos testigos
que bien alto lo demuestran.

He cumplido hoy doce años,
y, celebrando esta fecha,
mis amigas me enviaron
todo cuanto hay en la mesa.

Y todas me felicitan,
con sus hermosas tarjetas,
y largos años de vida
y de dichas me desean,
con un calor y un cariño,
con expresión tan intensa,
que el corazón satisfecho
de mil júbilos se llena.

Mis padres me regalaron
también, porque soy muy buena;
mis hermanos me abrazaron,
y todos, en fin, me aprecian,
demostrándome sus ansias
y sus impresiones bellas.

¡Oh qué día de venturas
mi cumpleaños me presta!

(Tomando los objetos en la mano.)

Esta es mi amiga Juanita,
que tanto amor me profesa,

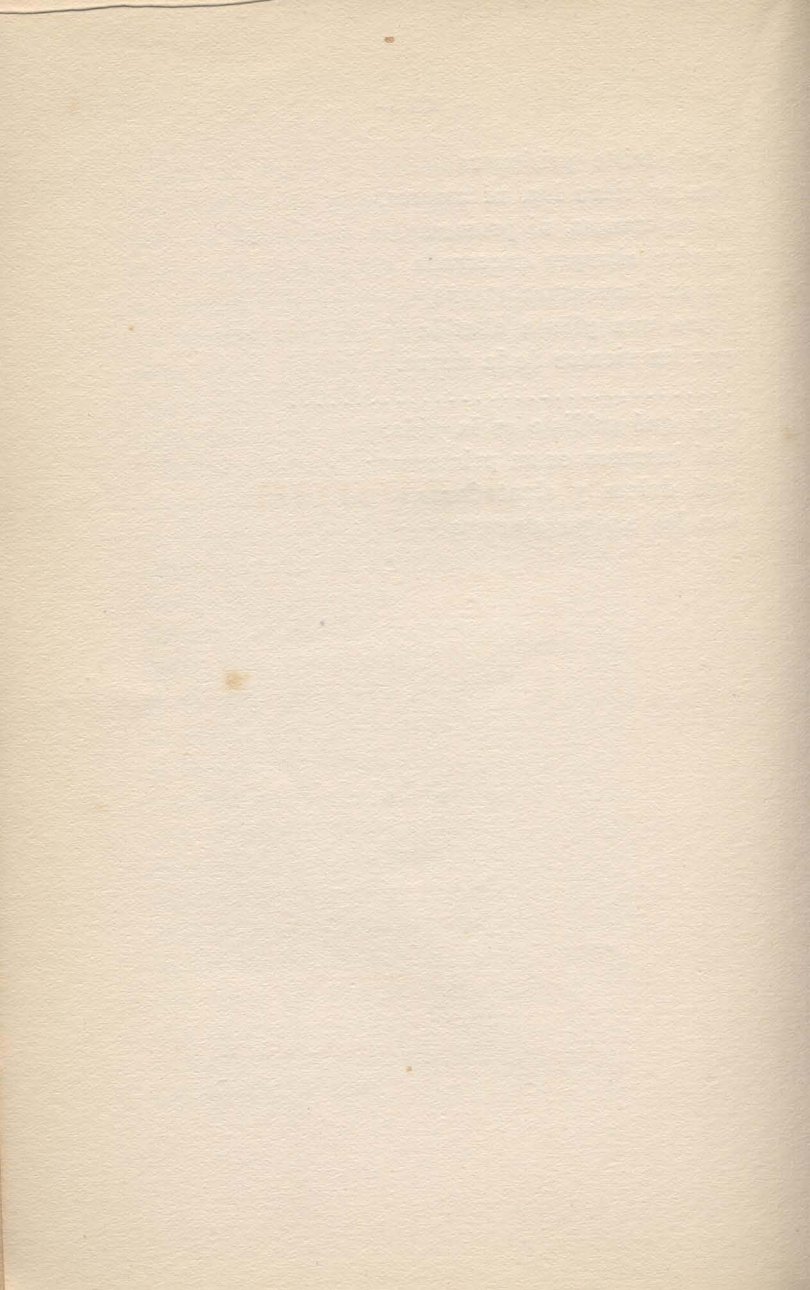
y que me regala un álbum,
con broches de plata vieja.
Esta es Julia, que me envía
una hermosa lapicera
de marfil, con los colores
de nuestra hermosa bandera.
Esto me lo manda Lía;
una rara papelera
para que guarde sus cartas,
y luego rendirle cuentas.
Aurora también me envía
un frasco de rica esencia.
Lola, un hermoso abanico,
Severina, una cartera,
Luisita, un par de guantes,
Sofía, una rinconera,
y, en fin, todas mis amigas
su cariño me demuestran
al llegar mi cumpleaños,
con tan brillante elocuencia,
que repartido entre todas
mi corazón, no me llega.
Más quiero yo estos amores
de mis buenas compañeras
de infancia, que todo el oro
que en el planeta se encierra.
Sin ellos, no viviría,
nunca estaría contenta;
me pasaría la vida,

como triste prisionera
que no tiene luz, ni amores,
ni esperanzas, ni promesas,
y vive siempre encerrada
en su desventura eterna,
como una planta abatida
por los vientos de la sierra.

.....

¡Oh qué sublime es la vida,
qué hermosa es su primavera;
qué dulces y alentadoras
son las amigas sinceras!





Para niñas

El diploma

: : : : Monólogo infantil : : : :

Personaje: : : : :

Ángela, de 12 años

El diploma

Acto único

Un gabinete de estudio. Al fondo, una puerta de entrada. Por los muros, un pizarrón, un mapa de la República Argentina. Hacia la izquierda, una mesa con libros, una canastilla de costura, una caja de violín.

Escena única

Angela entrando. Trae en la mano un diploma, mostrándose muy satisfecha.

Angela:

El corazón no me cabe
ya de alegría en el pecho.
(Deja el diploma sobre la mesa.)
Traigo mi cara encendida
como un ascua de los besos.
Vengo huyendo de la calle, (Agitada.)
corriendo desde el colegio,
pues allí mis compañeras,

mis amigas y maestros,
al felicitarme todos,
tantos cariños me hicieron
que, entre abrazos y apretones
de manos, casi reviento.

(Se sienta como fatigada.)

Ay! Me encuentro tan cansada,
por tantas muestras de aprecio,
que los brazos de rendidos
casi no puedo moverlos.

Mis compañeras de clase,
que me guardan tanto afecto,
viendo que los profesores,
reunidos en consejo
de examen, sin discrepancias,
me otorgaron á mí el premio,
se mostraron tan contentas
por este acontecimiento
que, esperándome reunidas
en la puerta del colegio,
me abrazaron de tal modo,
con tan unánime afecto,
con tantas pruebas me hicieron
demostración de su aprecio,
que entre gritos y algazaras
y alegres risas, aquello
¡Santa Rita de mi vida!
parecía un gallinero. (Pausa breve.)
Yo no sé si vale tanto

mi diploma, ni su mérito
tiene tan alta importancia
para que así tal empeño
tengan en felicitarme
mis amigas y maestros.

Verdad es que me he aplicado,
sin descanso el año entero;
que he estudiado con cariño,
sin faltar nunca al colegio,
y que de mis profesores,
siempre atenta á los consejos,
fuí cumpliendo mis deberes.

Pero ¿acaso basta esto
para recibir tan grandes
demostraciones de afecto?

El diploma es un triunfo
de aplicación y talento;
noble y gloriosa victoria
que los profesores nuestros
nos conceden, en justicia,
por ciertos modestos méritos
que distinguen á un alumno
de los demás, y es por ello
que también á mí me otorgan
este diploma, este premio,
felicitándome todos
y estimulando mi ingenio.

Sin duda, esta cartulina
para el caso es lo de menos;

lo que vale son los nombres
que en ella vienen impresos;
el sentido de lo escrito,
la moral de su concepto;
las palabras con que ensalzan
mi aplicación y mi ingenio,
y, sobre todo, la nota
de “Única” en el colegio.
Pero á mí lo que me alegra,
llenándome de contento,
es ver que gané la beca
de estudios que da el consejo,
y poder, sin que mis padres,
que no tienen rendimiento,
desembolsen un centavo
dar á mi carrera término,
y en su vejez ser su amparo,
sacrificarme por ellos,
como se han sacrificado
por mí hasta este momento.
Eso es todo lo que pido,
cuanto quiero y cuanto anhelo;
la causa por qué yo estudio
con tanto amor y desvelo,
y por qué en ganar la beca
tuve un decidido empeño
para que mis pobres padres
mirasen en mis esfuerzos
cuánto deseo ayudarles

y cuánto amor les profeso.

(Mirando á la cartulina con cariño.)

Cartulina milagrosa:

tú serás nuestro consuelo;

por alcanzarte he luchado,

sin descanso, un año entero,

y si salvas á mis padres

de sacrificios cruentos,

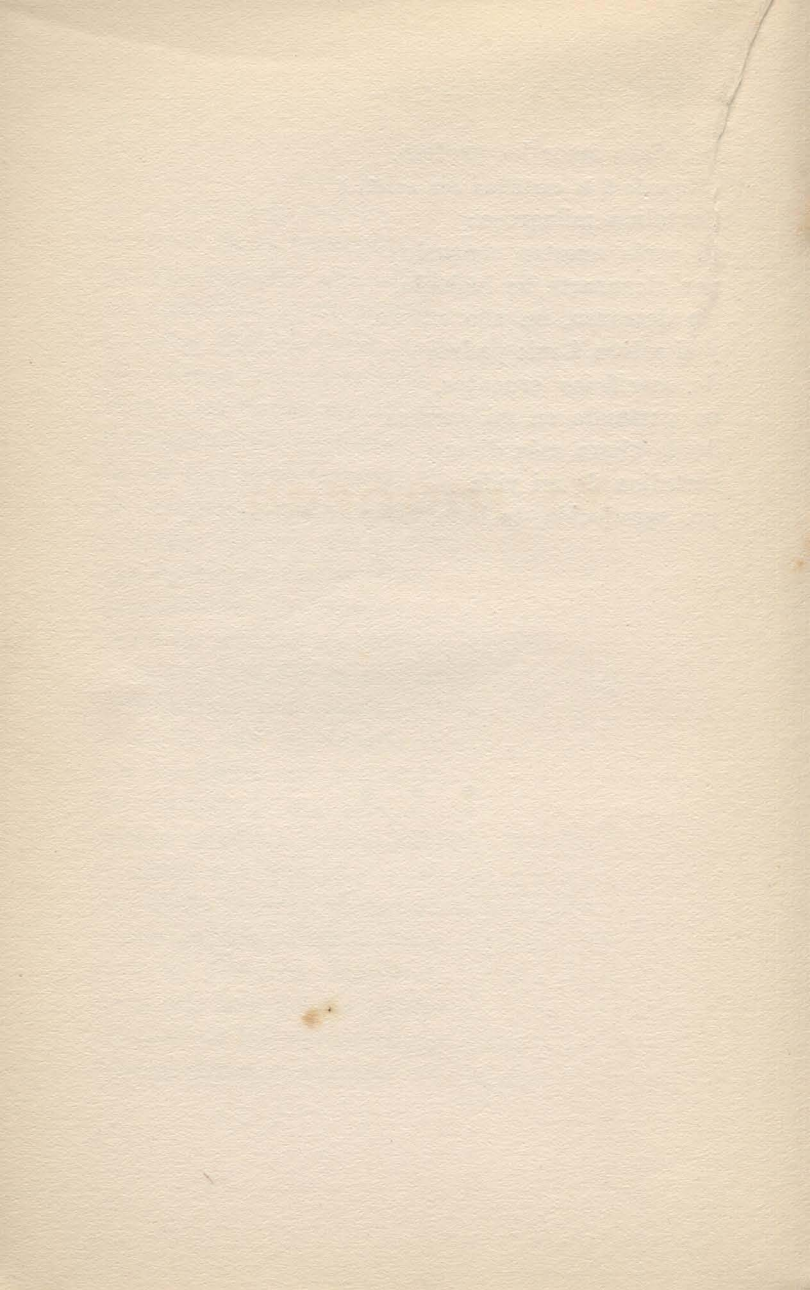
no gastando en mi carrera

desde ahora más dinero,

cartulina de mi vida

yo, agradecida, te beso. (Besa el diploma.)





Para niñas

Mi muñeca

:: :: :: Monólogo infantil :: :: ::

Personaje: :: :: :: ::

Lucía, de 10 años

Mi muñeca

Aeto único

Una habitación de costura. Sobre una mesa, una muñeca desnuda. Un bastidor, sillas, etc.

Escena única

Lucía sentada, cosiendo un vestido azul para la muñeca. Aparece muy entretenida.

Lucía:

Una muñeca tan linda,
con este vestido nuevo,
de puntillas adornado
y de mil encajes lleno,
dos pulseras en los brazos,
y una sortija en el dedo,
un lindo par de botines,
y en la cabeza un sombrero
de París, en la kermesse
de admiración será objeto;
y el jurado ha de otorgarle,
por lo menos, por lo menos,
sino medalla de oro,

seguramente un buen premio. (Con alegría.)

¿Quién lo duda? Basta verla
con su hermoso pelo negro,
su boca linda y graciosa,
sus ojos color de cielo,
sus mejillas como el ámbar,
su frente como un espejo,
su apostura, su arrogancia,
su talle flexible esbelto,
con su elegante vestido
de seda cruda bien puesto,
será asombro de las gentes,
envidia de los muñecos
que á su lado muy orondos
han de pasar boquiabiertos,
mirándola de soslayo,
con ojeadas de fuego.
¡Cuánto quiero á mi muñeca,
cuánto cariño la tengo;
qué satisfacción tan grande
siempre que la visto encuentro!
No la dejo de mi lado,
ni un minuto, ni un momento.
Cuando como me acompaña,
se abraza á mí cuando duermo,
viene conmigo á la calle,
si salimos de paseo.
Si estoy triste, me parece
que ella me da á mí un consuelo,

si alegre, con su boquita
semeja que me da un beso,
pareciéndome que ríe
con aire dulce y travieso. (Breve pausa.)

Si mis papás la trajesen
de París ó de Burdeos,
de Berlín ó Filadelfia
ú otro país extranjero,
seguramente por ella
no sintiera tanto afecto,
ni le haría los vestidos
tan lujosos y bien hechos
porque, al fin, era extranjera,
y lo extranjero no es nuestro.
Pero, no, no. Es mi muñeca
de mi patria, en alma y cuerpo,
criollita, tan criolla
como yo misma ser puedo.
Nació hija de los Andes,
bajo nuestro hermoso cielo,
porque tiene la hermosura
de las hijas de este suelo,
siendo por lo tanto digna
como yo, de amor y afecto.
Verdad es que ella no habla,
que no expresa sentimientos
como á veces yo quisiera,
mas ¿qué tiene que ver eso?
¿Hablan acaso los chicos,

los chiquitos más pequeños,
ó lo consuelan á uno
con sus propios pensamientos?
Claro que no, y no obstante
los besamos, los queremos
aunque lloren, aunque griten,
aunque les dé el pataleo. (Se levanta.)
Pues aquí está mi muñeca,
la que nunca me hace eso.
Es tan buena, tan tranquila,
tan linda, con tanto seso,
que jamás una rabieta
me causa con su buen genio.

Ven, muñeca de mi vida, (La toma.)
hijita, angelito tierno;
ven á probarte el vestido.
Es tanto lo que te quiero
que si un día me faltases

(Se le cae al suelo y se rompe, y Lucía queda mirándola muy triste y sorprendida.)

¡Ay! ¡Qué pena, Dios del cielo!

¡Dios mío! ¡Qué gran desgracia! (La recoge y la mira.)

¡Rota, rota, sin remedio!

¿Y ahora? Adiós mi muñeca,
prenda de mi amor sincero.

Adiós. Las campanas toquen
que una criollita ha muerto!...

(Se sienta como afligida.)



Para niñas

Las flores

:: :: Monólogo infantil :: ::

Personaje: :: :: ::

Margarita, 12 años

Las flores

Acto único

Un jardín con algunas plantas y flores. Al fondo, se verá la casa.

Escena única

Margarita aparece cortando flores, vestida de blanco y el cabello extendido por la espalda.

Margarita:

Si es cierto que son las flores
las amigas de la infancia,
porque su presencia inspiran
hermosura, amor y gracia.
Si tienen en nuestra vida
papel de tanta importancia,
como inspirarnos en ellas
para formar nuestra alma,
declaro aquí francamente,
que, en mi juventud dorada,
las tengo tanto cariño,
y me inspiran tantas ansias,

que, por vivir entre ellas,
jardinera me quedara.

Aquí están. Son todas estas (Señalando.)
las que brillan y embalsaman
este jardín, por mis manos,
día tras día, cuidadas.

Ni una sola vive mustia;
todas hermosas y sanas,
yerguen sus dulces corolas
y sus pétalos de nácar
sobre sus tallos erectos,
llenos de vida y de savia.

¡Qué intenso placer encuentro
yo aquí todas las mañanas!

Apenas en el Oriente
comienza á alumbrar el alba,
derramando sobre el mundo
Aquí están. Son todas estas
su magnífica alborada;
cuando el sol desde el arcano
del vacío se levanta,
como un rey sobre su trono
de oro, perlas y escarlata,
siento la música dulce,
la divina serenata
con qué el canario saluda
el primer albor del alba;
despertándome su canto,
gentil y lleno de gracia

para recordarme acaso
el deber que me reclaman
las flores, nobles amigas
que mi jardín embalsaman,
llenando con sus perfumes
de satisfacción mi alma. (Pausa.)
¿Por qué han de durar tan poco
las flores? ¿Por qué se acaban,
á pesar de los cuidados
para poder conservarlas?
Al llegar la primavera,
cuando sus broches estallan,
este jardín es un cielo:
por todas partes resaltan,
pétalos de mil colores,
rosas, pensamientos, malvas,
violetas y claveles,
jazmines, lirios, albahacas,
alelís, azahares,
camelias y pasionarias,
frescas gotas de rocío,
mariposas irisadas
y, en fin, tan ricos colores
por todas partes esmaltan
mi jardín, que, al contemplarlo,
me quedo aquí extasiada.
Mas hoy el verano ha muerto
con sus ardores la savia
de los tallos, que caídos

van perdiendo su arrogancia.
Las que aun viven aquí erguidas
van apagando sus gamas,
y aquellos ricos aromas
que este ambiente embalsamaban
huyen al soplo de otoño,
que ya llega con sus alas
de nieve como el heraldo
de la próxima invernada,
deshojando los jardines,
al beso de sus escarchas.
Terminaron los susurros,
los pájaros ya no cantan,
los árboles se despojan
de su manto de esmeralda;
no murmuran los arroyos,
el aire tibio se marcha,
y, en fin, la naturaleza
triste, oscura y apagada,
lentamente, lentamente,
va recogiendo sus galas,
dejando el jardín sombrío
y entristecida mi alma.
¡Oh qué dulces alegrías
y qué peregrinas ansias
inspiran las flores bellas
al que de veras las ama!



Para niñas

: Mi aya :

::: Monólogo infantil :::

Personaje: :::::

Aurelia, de 12 años

:: Mi aya ::

Acto único

Un aposento amueblado lujosamente. Al fondo, unos cortinajes velan una galería. Hacia la izquierda, una vitrina.

Escena única

Aurelia aparece de pie con cierta tristeza en el semblante. Por el fondo se vislumbra la claridad del día, siendo sin embargo muy escasa la luz del aposento.

Aurelia :

Cada día más me aburre,
me desespera y me cansa
la existencia que aquí llevo
de eterna quietud y holganza.
Por mucho que canto y río,
mi alegría siempre es falsa ;
pues siempre aburrida y triste,
vivo entre muebles y gasas,
como si mi vida fuese

la de alguna musaraña!
Lentamente, los colores
de mis mejillas se apagan;
y en ellas no brilla apenas
aquel carmín, aquel grana
de hace un mes, cuando dejando
las bellas y blancas playas
del Bristol, llenas de brisas
de luz y de bienandanzas,
volvimos á Buenos Aires,
por ser fin de temporada. (Pausa.)

Aquel mar bello y sereno,
con sus olas enarcadas,
con sus espumas de nieve,
con sus rudas serenatas,
han llenado mis pulmones
y mi corazón de savia,
de tal modo que me hicieron
tan fuerte, broncínea y sana,
como el tronco del abeto
que en sus playas se levanta.
(Se sienta con abandono.)

Pero ahora ya no tengo
alegría, humor ni nada;
los colores se van yendo,
la tristeza me avasalla,
la alegría compañera
de nuestra adorable infancia
se fué, como un ave hermosa,

quizá en busca de otras almas
que no sean prisioneras
de cojines ni de gasas
como yo lo soy. Y es claro,
como la alegría es sana,
sin ella, yo palidezco,
me hastío, me siento rara;
pues á veces tengo miedo
de encontrarme aquí encerrada
entre estas cuatro paredes,
muy llenas de cosas raras,
artísticas y elegantes,
pero que no tienen nada
de comparable con esas
dulces é infinitas playas,
donde los días transcurren
entre risas y algazaras;
gozando del aire puro
de aquel mar verde esmeralda,
de aquel sol alto, esplendente,
que nos da siempre en la cara,
como caricias de fuego,
de luz, de vida y de gracia.
Toda la culpa la tiene
mi buena y señora aya,
que no me deja un momento
con su charla afrancesada.
Ni estudiando, ni en la mesa,
ni en la calle, ni en la cama

puedo vivir, sin que al punto
la vea, rígida y alta,
contemplando muy severa,
desde un rincón, ó á mi espalda,
los movimientos que hago,
como una sombra enlutada.
A veces, me causa miedo,
otras veces me da rabia,
porque sus ojos azules,
de tal manera los clava
en los míos, que parece
que me está leyendo el alma.
Si salgo al balcón de noche, (Se levanta.)
viene en seguida y me aparta,
bajo el gracioso pretexto
de que el rocío me daña.
Si salgo al sol por el día
¡huy! ¡Dios mío! ¡Qué desgracia!...
Llega corriendo ligera,
me oculta dentro de casa,
diciéndome muy adusta,
sin que yo entienda palabra,
que el sol siempre es peligroso
porque nos quema la cara.
Y así, siempre así, resulta
que mi existencia es ingrata,
pues vivo enferma, aburrida,
llena de pesar, sin ganas
de vivir la pura vida

de las ilusiones santas.
¡Eh! Venga luz de los cielos
(Primero pensativa, y, luego, resueltamente.)
que me perdone mi haya;
vengan brisas, entre el aire,
dentro de esta pieza extraña.
Que se alegre mi existencia,
(Descorre los cortinajes y abre el balcón.)
que se refresque mi alma,
cansada al fin de estar presa
de cortinajes y gasas.
La naturaleza es pura,
la naturaleza es santa;
sus caricias siempre encienden
de amor y de vida el alma.
Venga, pues, con sus ardores
el sol que alumbre mi cara,
si bien por desobediente
se enoje conmigo el aya.
Al fin no soy la princesa
de la redoma encantada,
ni un pájaro prisionero,
ni ninguna musaraña!



Para niñas

::: ¡Sola! :::

::: Monólogo dramático infantil :::

Personaje: :::::

Juanita, de 12 años

:: ¡Sola! ::

Acto único

Un dormitorio. Al fondo, hacia la derecha, una cama. En los pies, apoyando las manos en los hierros, una muñeca. Hacia la izquierda, una ventana, y, enfrente una jaula con un pájaro. Una mesa, sillas, etc.

Escena única

Juanita sentada en el borde de la cama, con las manos caídas sobre el regazo, en actitud pensativa. Al levantarse el telón, óyese una campana que dobla á lo lejos.

Juanita: .

(Se levanta, en actitud de escuchar la campana.)

¿Oís esa campana
de sonos doloridos?
¿Sentís los tristes ecos
que llegan hasta aquí?
Escuchad como llenos
de pena esos tañidos,

cual voces misteriosas
avanzan hacia mí!

Parecen voces vivas
que de lejanas tierras
llegasen temblorosas,
cantando un ideal.
Semejan los suspiros
de un alma que se ausenta
los sonos de esa esquila
que toca á funeral!

¡Dios mío! ¡Por qué sola
me dejas en la vida?
¡Por qué naufrago hiciste
mi pobre corazón?
¡Ay cielos! ¡Por qué dejas
huérfana así á una niña,
perdida entre borrascas
de negra cerrazón!

¡Qué mal hice tan grande
para que así á mis años
á nadie el alma mía
pueda feliz volver?
¡Por qué me dejas llena
de horrible desamparo?
¡Dios mío de mi vida, (Cruza las manos.)
dime: por qué, por qué!...
(Solloza con la cara entre las manos.)

Ayer tan venturosa,
tan llena de alegría,
saltando entre las flores
de mi bello jardín.
Hoy llena de pesares
y de melancolía,
sola y abandonada,
tristísima, infeliz!

Los labios de mi madre
no suenan ya en mi boca;
sus manos no acarician
mi talle, ni mi faz.
¡Ay cielos! Que mi alma
quiere volverse loca,
y de morir de pena
se siente ya capaz!
(Camina por la escena, como escuchando.)

La esquila ya no dobla;
sus ecos funerales
murmuran en la sombra
¿A ver?... ¡No dobla, no!
Cayeron en la tumba
de mi querida madre.
Ya todo ha concluido.
Ya todo se acabó.

¡Oh peregrinos ecos
de mi mortal congoja,

decidle que su hija
se muere de pesar!
Decidle que su hija,
siempre inocente y sola,
no tiene ya en sus ojos
más llanto para dar!

Contadle que ella quiere
volver pronto á su lado,
volar fuera del mundo
temblando de candor.
Plegar sus alas leves,
de pájaro azulado,
que cruza hacia otros mundos
cantando amor, amor!...

Contadle que en la vida
seré avecilla errante,
volando entre las nieblas
eternas de ese mar
en busca de sus besos
y de su amor de madre,
llevada por los vientos,
sin rumbo, así, al azar! (Breve pausa.)
(Volviéndose al pájaro.)

¿Y vos? ¿Por qué no cantas
maestro de la lira?
¿Qué tienes?... ¿Qué te pasa,
que tan callado estás?

¿También tienes el alma
quizás entristecida,
al verme que suspiro,
cansada de llorar?

¿No ves que ahora somos
iguales en desdicha,
que huérfanos quedamos,
sin madre, sin hogar?

¿Por qué no cantas, dime,
tristezas en tu lira,
al són de las campanas
que acaban de doblar!

(Saca el pájaro de la jaula y lo muestra aprisionado
por las alas, hablándole muy cerca.)

Ha muerto nuestra madre;
desde hoy quedamos solos,
sin nadie que vigile
ni cuide nuestro ser.
Tendremos que ser buenos,
el uno para el otro:
vos, dándome tus cantos,
yo á ti de comer!...

Tendremos que querernos
y amarnos con locura,
cruzando por la vida,
juntos hasta morir.
Fundiendo en una sola

nuestras dos almas puras.
Contéstame: ¿Te gusta?...
¡Dime que sí, que sí!...

(Se le escapa el pájaro, y ella corre tras él, con cierta desesperación.)

También él me abandona!
¡Dios mío de mi alma! (Con cierta desesperación.)
También huye ligero.
¡Qué desgraciada soy!
Ya no me queda ahora
madre, ni amor ni calma
ni dulce compañero.
¿Qué hago? ¿Adónde voy?...

¿Qué mal hice tan grande (Se sienta en la cama.)
para que así á mis años
á nadie el alma mía
pueda feliz volver?
¿Por qué me dejas llena
de horrible desengaño?
¡Dios mío de mi alma,
dice: ¡por qué, por qué!... (Cae sobre la cama.)



ÍNDICE

Páginas

¡Orfandad!	5
¡Alma gaucha!.....	13
El retrato de mi madre.....	23
El soñador.....	33
El eco.....	41
Genio militar.....	49
Mi piano.....	57
Las violetas.....	65
Mi alcancía.....	73
Mi mejor amiga.....	81
El hogar.....	87
Mi bandera.....	93
Mi cumpleaños.....	99
El diploma.....	107
Mi muñeca.....	115
Las flores.....	121
Mi aya.....	127
¡Sola!	135



